



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La Manijera de Darro.—A S. M. la Reina Doña Isabel II en su visita al hospital de la Santa Caridad; poesía.
—Los bienaventurados.—El lirio y la violeta; poesía.
—Modas.—Explicación del figurín para las suscriptoras á la edición completa.—Explicación del grabado de crochet.

LA MANIJERA DE DARRO.

(Conclusion.)

V.

Todo ha concluido para la familia de Dolores.

¿Dónde están sus hermanos? ¿Por qué no los hemos visto junto á su hermana, velando aquella joya del cielo que tanto valía?

¿Sus hermanos! ¿Saben acaso los infelices si están en este mundo?

¿Tienen firmeza, acción ni voluntad?

Si vais á casa de la Manijera del pueblo, allí los encontrareis, acurrucados en un rincón, atacados de una horrible fiebre.

Todos sus delirios son con Dolores: la nombran sin cesar, la llaman, la acarician, como si se acercase á ellos, y la tributan mil cariñosos nombres, que todos dicen lo mucho que la querían.

¡Y la pobre Magdalena! Esta siente porque no delira.

Tiene los ojos fijos y cristalizados, como dos gotas de agua en un arenoso risco.

Sus labios están secos y su garganta ha enronquecido de tanto llorar y llamar á Dolores.

Pero la han dicho que calle, que aquella desesperación no es de personas cristianas, que Dios sabe lo que se hace en todo y debemos respetar sus designios, que la conformidad es hija del cielo y la desesperación el camino del infierno.

Que el Dios que dá la llaga, sabe dar la medicina, y consuela y dulcifica todas las penas.

Que más hace una oración para el reposo de un muerto, que todos los mares de lágrimas del mundo.

Y sobre todo, que esta es una ausencia corta y luego aseguramos una eternidad de goces junto á los seres amados, si sabemos llevar resignadamente los acerbos golpes de la existencia.

¡Benditos sean los consuelos de la religión! La anciana al escucharlos, ha enmudecido, ha mirado al cielo, y se han quedado en sus mejillas suspendidas y paralizadas, dos lágrimas ardientes, que como despeñadas bajaban, huyendo de otras, próximas á brotar y desbordarse como ellas.

Todo ha enmudecido en el rostro de la pobre octogenaria, pero su interior lucha dolorosamente.

Parece que reza, que llama á Dios en su auxilio.

Bien lo necesita en estos momentos, en que van á ofrecerle lo último que desde la tumba podía enviarle su hermosa Dolores, la hija de su adorada hija, aquel ídolo querido.

Una turba de mozos del lugar entra por las puertas, llevando con respeto religioso una corona de flores.

La anciana los mira con estupidez: parece que no los reconoce; pero al ver las flores blancas, que por la forma que llevan, figuran aún encerrar una cabeza en su centro, dá un grito de agonía y cae sin sentido.

La excelente Manijera, que no la abandona un momento, la coje entre sus brazos y con frases cariñosas empieza á reanimarla.

Todas sus palabras respiran religión y virtud.

Ella no sabe decir frases estudiadas, ni procura modularlas, ni hacerlas más suaves para que resulten mejor.

Su alma es la que habla, en ese lenguaje rústico y sencillo de los pueblos; pero un poema cristiano, escrito por un vate ilustre, no conmovería como el suyo.

Todos los mozos lloran y arrodillándose á sus pies, estrechan y besan las temblorosas manos de Magdalena.

—¡Madre! la dicen, somos unos pobres trabajadores; pero cuente Vd. cada día con el

jornal de uno de nosotros. Ogaño envía Dios á cargas los trigos y los maíces y nada tenemos que temer. Ni Vd. ni sus dos nietos tienen por qué aflijirse.

La niña está en la gloria, con que á enjugar esas lágrimas que ofenden á Dios, y á cuidarse que es lo que manda. ¡Ánimo! ¡abuelita! ¡Ánimo! ¡por vida de sanes!

La anciana no pudo responder; pero levantando con lentitud la mano derecha, echó una bendición á aquellos honrados jóvenes, que inclinaron sus frentes al suelo con humildad y respeto.

La Manijera enjugó un mar de llanto que inundaba su rostro, y colocándose en medio de los trabajadores dijo:—¡Hijos míos, guardad vuestro jornal para vuestros buenos padres, que la vieja Magdalena y sus dos nietos corren por mi cuenta desde hoy.

Siempre trabajé mucho, no por gozar lo que nos venden por dinero aquí abajo, sino por comprar mi pedacito de gloria allá arriba.

Desde hoy en adelante, la buena obra que haga para con Dios, será mantener á esta anciana como si fuese mi madre, y á sus dos nietos como si fuesen mis hijos.

Ya se pondrán buenos, y mañana, cuando yo no pueda ganar el sustento, ya pagarán con creces lo que por ellos haya hecho la *Manijera de Darro*.

ROGELIA LEON.

A S. M. LA REINA D.^a ISABEL II,
EN SU VISITA AL HOSPITAL DE LA SANTA CARIDAD.

¿Qué buscas, noble señora,
En esta humilde morada,
Si la ancianidad doliente
Aquí tan solo se halla?

¿Cien monumentos insignes
Sevilla acaso no guarda,
Adonde admires las huellas
De sus grandezas pasadas?

¿No hay placeres, no hay festines
En la perla de Vandalia,
Hoy que en honor de su Reina
Aparece engalanada?

Los hay, sí: mas un instante
De ellos alejas tu planta,

Y al desdichado que gime
Tiendes la dulce mirada.

Que es la clemencia tu guía,
Y en su misteriosa llama
Con puro y constante anhelo
Tu noble pecho se abrasa.

Llega, Reina de Castilla,
Llega á esta humilde morada,
Que la mansion de los pobres
Es de los cielos escala.

En la Caridad se mira
Toda perfeccion cifrada:
El que acorre al desvalido
Las leyes de Dios acata;

Y la omnipotente diestra
Digno premio le depara;
Premio que el mortal benigno
Aun desde la tierra alcanza.

Tú lo sabes, Reina augusta:
¿Qué son las glorias mundanas
Si á la celestial ventura
Un momento las comparas

Que siente tu amante pecho,
Si por la piedad guiada
Altas mercedes otorgas,
Bienes sin cuento derramas?

¡Oh! cuando al triste consuelas,
Cuando al oprimido amparas,
Y de la orfandad doliente
Secas las acerbos lágrimas;

Cuando tus lábios pronuncian
La ansiada, dulce palabra
De PERDON, que ráudo el viento
Lleva al proscrito en sus alas;

El puro santo alborozo
De los que fieles te aclaman,
¿No inunda, Reina clemente,
De inmenso placer tu alma?

La inunda, sí, que en la dicha
Gozas del pueblo entusiasta,
Que entre fervidos loores
Tu insigne piedad ensalza.

Y á su anhelo respondiendo
Do quier placentera y grata,
Con amorosa sonrisa
Su ardiente cariño pagas.

Llega pues, Princesa augusta,
A esta dichosa morada,
Monumento levantado

Por la caridad cristiana.

Cien ancianos desvalidos
Con viva ansiedad te aguardan,
Y su bienhechora Reina,
Su tierna MADRE te llaman.

¿Y cómo nó, si deudores
A tu bondad soberana
Son del sosegado albergue
Que en sus desventuras hallan?

Así al escuchar tu nombre,
Símbolo de dichas tantas,
De gratitud, de amor puro,
Llanto apacible derraman.

Y así también, REINA hermosa,
La sombra del gran Mañara
De las que plantó su mano
Una flor pone á tus plantas.

«Nieta augusta de cien Reyes,
Con voz misteriosa esclama,
»Ven al venerable asilo
»Do todo mi bien cifraba:

«Tú lo salvaste algun día
»De formidables borrascas,
»Y hoy con nuevo, claro brillo,
»A tu poder se levanta.

«¡Oh! que en pago el Sér Supremo
»Derrame con mano franca
»Sobre tu escelsa familia
»El tesoro de sus gracias.

»Y ese niño, objeto caro
»De risueñas esperanzas,
»Piadoso tu ejemplo siga
»En gloria y bien de mi patria.

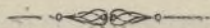
»Astro de paz y ventura,
»Dulce consuelo de España,
»Bendita, bendita sea
»La caridad que te inflama.»

Dice ¡oh Reina! y como el eco
De sus postreras palabras,
Gratos acentos repiten
Por las vecinas estancias:

»Astro de paz y ventura,
»Dulce consuelo de España,
»Bendita, bendita sea
»La CARIDAD que te inflama.»

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

Sevilla, setiembre de 1862.



¡LOS BIENAVENTURADOS!

CUADROS FESTIVOS

POR D. LEANDRO ANGEL HERRERO.

Los pobres de espíritu.

CUADRO I.

(Continuacion.)

Para prevenirla de todo se decidieron á escribirle una carta, que Alejo la entregaría el domingo inmediato cuando fuera á misa á Santo Tomás. Juan redactó la carta y Alejo la escribió de su puño y letra. Poseemos una copia de aquel admirable documento, y la transcribimos íntegra, respetando su ortografía y su estilo.

Decía así :

!!!!!!!

Idolo mio: Los signos admirativos que figuran al frente pudieran decir á Vd. más que lo que mi pluma calla, y á fin de no consignar aquí alguna locura que se parezca á una barbaridad, dejo á su amoroso criterio la interpretación de lo que por prudencia omito. ¡Y cuidado si he tenido que hacer violencia á mi corazón para no ensartar aquí un diccionario completo de palabras á cual más poéticas que me retozan en el cuerpo; pero al buen callar le llaman Sancho, y aquello que no es para pintado no es para dicho. La amo á Vd. como un bestia, con perdon de todos los animales; y pues que Vd. me corresponde, estoy resuelto á presentarme mañana mismo á su papá de Vd. el señor general para pedirle su mano. Podrá enfadarse, podrá enviarme á paseo; pero á mí me importa un comino si Vd. me ama. Hombre soy para sostenerla sin que su papá se desprenda de un maravedí: así es que si por esto me niega su mano, guardése enhorabuena sus riquezas, que á mí me basta con su amor de Vd. y con mi honradez para vivir como Dios manda.

De Vd. y solo de Vd. depende que seamos felices, pues si Vd. es firme, nos casaremos á despecho de toda presión injusta. Y con esto, y quedando derretido, ó más bien achicharrado por Vd., se despide hasta mañana su amante *in partibus infidelium*.—ALEJO.

P. D. Si su papá de Vd. fuera tan bruto (perdone Vd. la expresión), si fuera tan bruto, repito,

que se propasara á maltratarla ó á oprimirla por haber puesto sus ojos en este pobre de espíritu, aconsejo á Vd. que ensaye algun soponcio de los que suelen acometer á las mujeres cuando las tiene cuenta. Este recurso desarma el brazo más furibundo, evita esplicaciones enojosas, y consigue alcanzar lo que á la razón se hubiera negado. Supongo que Vd. no necesitará lecciones para reproducir estos inofensivos ataques de nervios, que, como sabe Vd., están hoy en boga, con general aplauso de todos los hijos de Adán.»

La epístola precedente, con sus puntos y comas, fué entregada por Alejo á su Laura, el domingo inmediato, á la salida de Santo Tomás. Inútil es decir, que la jóven se quedó como quien vé visiones así que la leyó, y que asomó á sus lábios la más burlona de sus sonrisas y también la más encantadora.

Sin embargo, no la pareció del todo mal, y como prometía un sainete divertido, se decidió á reír á costa de su estudiante, no sin formar verdadero propósito de aborrecerle..... hasta casarse con él.

X.

No quedaría completo este cuadro, lector querido, si nó colocáramos en su lugar correspondiente una figura que no hemos delineado todavía por falta de tiempo, y que contando con tu benevolencia vamos á dibujar con toda la rapidez posible. Si estuviera á nuestro alcance la fotografía te la daríamos retratada en un periquete; pero profanos al arte de Mr. Daguerre, nos vemos en la precisión de empuñar la prosáica paleta y el más prosáico pincel, que en nuestras manos se convierte, á decir verdad, en brocha gorda, con harto sentimiento nuestro.

Allá vá.

La última figura de nuestro lienzo, porque ya no pueden caber más en él, es el presunto padre de Laura, el señor D. Tomás de la Cureña y Chafarote, teniente general de los ejércitos nacionales, senador del reino, grande de España de primera clase, con más cruces que un calvario, y un humor de todos los diablos el día que le molestaban la gota y el reuma, que, á pesar de sus títulos y condecoraciones solían darle bastante hierro.

D. Tomás había ascendido de soldado raso á

general, derramando su sangre en el campo de batalla, milagro tan raro en estos tiempos de bendición, que se reproducirá tardíamente en lo sucesivo, mientras los niños se desteten con charreteras en los hombros y los viejos leones de la milicia se pudran de cabos ó de sargentos.

Su cuerpo era una criba segun estaba pintarrajeado por las heridas, de modo que en todas las variaciones atmosféricas sufría su carácter un cambio tan brusco á causa de la exacerbación de aquellas reliquias, que su viejo ayuda de cámara, antiguo asistente que no le habia podido abandonar nunca, movido de un cariño entrañable, solía decir: «*Hoy tiene cara de vinagre; paliza segura.*»

Y no lo decía sin fundamento, porque el general, aparte de las muchas cualidades brillantes que le adornaban, tenía el genio como un fósforo, y sabía sacudir los puntillones más soberbios que se han sacudido en el mundo, desde que la humanidad entierra sus pies en botas de dos suelas.

Se habia casado á los treinta años, y quedó viudo á los cincuenta; pero de su matrimonio tuvo una hija, á quien adoraba hasta el delirio, no tanto porque era buena en el fondo, cuanto porque aquella niña nació tan débil, tan enfermiza, que cuando cumplió los diez y seis años apenas representaba ocho, y esto, unido al atraso de sus facultades intelectuales, reducidas á la nulidad, por el hondo padecimiento que minaba su existencia, y á que la naturaleza no la habia dotado del don de la hermosura, contribuía á que el pobre padre se desviviera por endulzar todo lo posible la suerte amarga de aquella rama seca y moribunda del árbol de su cariño.

Dirás, lector amigo, que el autor de este cuadro te ha dado gato por liebre, ó en otros términos que no corresponde el retrato de la hija del general al bosquejo que te hizo de aquella niña rubia de ojos de gloria, que con sus dulces sonrisas y fascinadoras miradas, habia conseguido volver tarumba á nuestro insigne Alejo, abogado en ciernes y consumado cazador de gatos; pero en todo esto hay un misterio que se ha de descubrir en ocasión más favorable. Basta por ahora decir, que la Dulcinea de Alejo y la hija del general, no eran una

misma persona, aunque habitaban bajo el mismo techo.

Volviendo al bueno de D. Tomás, y como complemento de estos breves apuntes biográficos, debemos añadir cuatro palabras acerca de su fortuna, de su fisonomía y de sus costumbres.

Era rico y desinteresado hasta la prodigalidad: su bolsa estaba siempre á disposición de todos los desgraciados, y su asistente decía de él: que lo mismo sabía arrojar una onza á un pobre, que sacudir una tollina de mi flor á un bribon.

Frisaba en los sesenta abriles: su pasión favorita era el café: le tomaba dos ó tres veces al día, y tampoco hacía melindres delante de una buena botella de ron de la Jamaica, ni de un rabioso *coracero*, aunque fuera de olor, color y sabor, tan venenoso como los que sabe porporcionar la Hacienda española, única fábrica en el mundo que ha descubierto la inmortal invención de convertir el bedegambre en tabaco, á fin de consumir al que consume, á fuerza de horribles síncope.

Para completar estos detalles del intrépido veterano, falta decir que aparte de su afición al café, al ron y á los cigarros legítimos de la preciosa Antilla y á los ilegítimos, que son los que espandan con más abundancia nuestras terceras, tenía la virtud de saber jurar como un carretero y de roncar por las noches como un cañon.

No era tan hermoso como Narciso; pero tenía una fisonomía noble, inteligente, espresiva, surcada por una gloriosa cicatriz, y decorada por unos grises bigotes nada parecidos á la seda. No era espantable como el Han de Islandia; pero sí arrogante, con especialidad cuando vestía su uniforme galonado de oro, donde campeaba su *espetera* de cruces, brillantísima ejecutoria que daba más realce á su calva cabeza. En una palabra, habia en su persona algo de venerable unido á la gerarquía militar, y no poco de bueno detrás de su áspera corteza. Aunque viejo, se conservaba más derecho que un fusil, segun espresion propia.

Por más que su título de senador del reino le proporcionaba un puesto honroso en la Cámara alta, renunciaba á él de buena voluntad, á fin de permanecer neutral en nuestras luchas po-

líticas, para las cuales no se consideraba muy fuerte. Solía él decir con apreciable franqueza:

—Yo no soy más que un viejo *soldadote*: no tengo nada de lo que hizo célebre al rey Salomón, y por lo mismo debo hacer un triste papel en las discusiones parlamentarias. Que me pongan al frente del enemigo, á la cabeza de una división, y ya verán si muerdo el cartucho.

Y así era la verdad.

Sentados estos antecedentes sobre nuestro personaje no podemos ya detenernos á colocarle en nuestro lienzo en el lugar que le corresponde, como verá el lector, si tiene la bondad de acabar de repasar este cuadro.

(Se continuará.)

EL LIRIO Y LA VIOLETA.

Un lirio blanco y violado,
encanto de la pradera,
buscaba una compañera
con quien su afecto partir;
y las flores más galanas
que su intento conocieron,
á cual más, todas quisieron
en belleza competir.

Preciada se irguió la rosa
purpúrea, linda y fragante,
y la camelia arrogante
su capullo desplegó;
y la azucena ostentaba
su blancura envanecida,
y la dalia presumida
sus pétalos entreabrió.

Su aterciopelado traje
la clavellina lucía,
y la hortensia se mecía
con orgulloso desden;
y adelfas, lilas y acacias
sobre sus tallos se alzaron,
y altivas, galas mostraron
del triunfo ansiosas también.

Posó el lirio su mirada
sobre tan régia grandeza,

é inclinando su cabeza
murmuró con inquietud:

—Vanidad, pompa y orgullo,
solo entre esas flores luce,
pero á mí más me seduce
la modestia y la virtud.

No mi corazón amante
daré á esas bellas livianas,
que si hoy le acojen ufanas
le maltratarán después.
Oculto estará en mi alma
todo el amor que atesoro,
y nunca diré, *te adoro*,
de una coqueta á los pies.

Guarda, guarda, pobre lirio,
tus caricias y tu esencia,
porque aislada tu existencia
triste resbalar verás.
No habrá una flor candorosa
que parta tu afán contigo,
y quizá ni un pecho amigo
en tu infortunio hallarás.

—Ciego, murmuró un arroyo
que entre el césped discurría;
ciego, la fuente decía;
ciego, el aura repitió;
y ciego, al tender su vuelo
dijo la tórtola amante,
que buscas de tí distante
lo que á tus plantas creció.

Asombrado miró el lirio
á su pié con ánsia y duda,
y entre la yerba menuda
pudo apenas contemplar
á una flor tierna y fragante,
casto nido de pureza,
que su cándida belleza
se afanaba en ocultar.

El suspiró tembloroso
y ella su cáliz plegando,
se fué modesta inclinando
hasta que el suelo tocó.
Y él doblando el tallo flébil
preguntó á la flor discreta;

—¿Quieres amarme, violeta?
Y ella se ruborizó.

—Alza la tímida frente,
vírgen bella y pudorosa;
yo te admiro, sé mi esposa:
mi amor todo es para tí.
Desprecio la pompa vana,
y en tí compañera elijo.
¿Me aceptas?—Y ella le dijo
con humilde acento:—Sí.

Rasgó el sol la espesa niebla,
que veló sus resplandores,
y las desairadas flores
con envidiosa inquietud,
tomar venganza pensaron;
mas fué vana su esperanza,
porque siempre premio alcanza,
la modestia y la virtud.

ANA MARÍA FRANCO.

Almería, marzo de 1863.

MODAS.

Correo de señoritas.

Pocas novedades se pueden anunciar todavía, porque las casas de confecciones permanecen herméticamente cerradas á las miradas de los curiosos, y á no recoger las indiscreciones que circulan, no nos sería posible presentar algunas novedades á nuestras elegantes lectoras.

Se cree, sin embargo, que los modelos de camails, capas y paletots de paño ó terciopelo, representados bajo las diferentes formas que exige la moda, serán sumamente anchos. Los adornos de felpilla, pasamanería, ó encaje, añaden mucho realce á las lujosas innovaciones que se preparan.

Los sombreros de terciopelo se mantendrán á la altura de la última boga, pero tan ligeros y bonitos que en nada se asemejarán á los sombreros pesados que se llevaban hace algunos años. Los hay de otoño en crin negra guarnecidos de flores serias, asociándose maravillosamente al tafetán escocés, que forma el bavolet y las bridas. En este sencillo género tan bien

comprendido podemos ofrecer los siguientes graciosos modelos.

Uno de crin negra, adornado de varias plumas verdes rolladas á un echarpe de tul. La estremidad de las plumas está matizada para poder admitir las bridas escocesas azules y verdes. El interior artísticamente adornado con yerbas mezcladas de florecitas azules.

Otro de crespón blanco y malva, concheado de un modo que deja pasar olas de ligerísima blanca y plumas malva por encima.

Citaremos una capota de crespón violeta claro, con un bavolet blanco, bullonado de violeta sobre el borde para sostener un adorno de blanca. Marabouts perdidos entre nieve de blanca componen la guarnición. Interiormente marabouts blancos, margaritas de color y encaje negro reuniendo los lados blancos.

Los cinturones tienen este año suma importancia, porque imprimen mucha coquetería al más sencillo traje. Las señoritas y las señoras jóvenes están encantadoras con grandes cinturas que forman aldetas, graciosamente agrupadas por detrás del talle. Se aumenta el volumen á voluntad y aun la disposición, no siendo en forma de lazo, sino de cocas de cinta, componiendo un arreglo lleno de coquetería que sigue todas las fantasías.

Estas cocas se fijan en un cinturón de talle con una cabecilla encañonada que se mantiene hacia arriba.

Para vestir hay figuras de tafetán blanco recortado, adornadas de magníficos entredoses de encaje de Chantilly en medio de la tira y con las estremidades redondeadas.

También hay cinturas de tafetán escoces bordeadas de encaje negro encañonado, los cabos cuadrados con una borla á cada extremo.

Entremos en los detalles de trajes.

Uno para joven, género pepin escocés, con el borde de encaje y un cuerpo nuevo, del cual daremos un tanteo.

La aldeta es larga, redonda y con encaje; el delantero permanece abierto redondeándose para reunir la aldeta; se cierra en medio con un solo botón, dejando descubierta un lindo chaleco de tafetán azul, todo guarnecido de encaje de guipure. Este chaleco tiene bolsillos y pequeñas aldetas que se abren un poco después

que está abotonado. Estos chalecos tienen tanta gracia que seducen al verlos, y así creemos serán muy admitidos en el mundo elegante.

Algunos trajes de tela ligera tienen cuerpos cuadrados adornados de cinturas. Sobre el gris se ponen ruches de color enlazados unos con otros. Un echarpe igual al traje completa la toilette. Estos trajes se pueden llevar á visita y por la noche á las primeras reuniones de familia. Las camisetas son de muselina bordada guarnecidas de valencienes.

Las blusas de tafetán azul, rosa ó malva, se ponen sobre las faldas blancas de muselina bordada, y componen un gracioso traje para las niñas y las muchachas jóvenes.

JOAQUINA DE CARNICERO.

Explicacion del figurin para las suscriptoras á la edicion completa.

1.^a figura. Vestido de tafetán, color de pensamiento. Cuerpo montado con tres aldetas estrechas detrás, cubiertas de un entredós de encaje de Chantilly; el mismo entredós sigue las dos costuras de la espalda subiendo á guarnecer el delantero hasta caer sobre las puntas del mismo. Las mangas son estrechas, el entredós adorna el borde en el bajo y la costura exterior. El bajo de la falda vá guarnecido con un entredós de Chantilly y un volante fruncido, sujeto en lo alto. Cuello y mangas de aplicacion. Sombrero de tul blanco, con adornos verdes, lleva una cinta verde puesta de trasparente sobre la blonda del bavolet. Flores de enredadera adornan interior y esteriormente. Grandes bridas de tül, acompañan á las bridas de tafetán.

2.^a figura. Vestido de seda color Habana, paletot de la misma tela, guarnecido de una banda de pluma rizada que cubre todos los contornos, formando luego las hombreras, los bolsillos y la vuelta de las mangas. Sombrero de tül blanco, bavolet de blonda, plumas rizadas de color de rosa en lo alto, y en el interior margaritas y tül malines. Un gran echarpe de tül baja anudándose con las bridas del sombrero. Cuello y mangas bordadas.

ESPLICACION DEL GRABADO DE CROCHET.

Número 1. Estrellas para cubiertas de butacas, colchas ó almohadones.

Núm. 2. Encaje á crochet para guarnecer cortinas, almohadas, sábanas ó ropa de niños.

Núm. 3. Dibujo para sabanilla de altar, puede servir tambien para cubierta de camas y almohadones.

Núms. 4 y 5. Cuello y puños á crochet inglés, con hilo de Irlanda.

Núm. 6. Roseton para cubiertas de sillas, cojines y banquetas; se termina esta obra cosiendo un flequillo todo alrededor.

Núms. 7 y 8. Pequeñas estrellitas á crochet para alternar con las grandes.

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS.

Hay padres como Nerones, que no transijen jamás con los deslices de sus hijos, y sin embargo, no recuerdan que su mal ejemplo y su descuido los precipitó en el abismo.

Aunque veas que por malos medios se enriquece muy pronto, sigue la senda de la honradez, que para ser feliz, basta con tener modestia y tranquilidad de espíritu.

Nunca te burles de un anciano por ridículo que te parezca: las canas deben ser para tí sagradas como la memoria de Dios.

Cuando veas un sér deforme ó contrahecho, compadécele y que jamás sorprenda en tus lábios una sonrisa de desden ó burla, pues podrás convertirle muy fácilmente en un reptil venenoso.

Si los tiranos no tuviesen siempre tanta cohorte de aduladores, llegarían á ser humanos quizá.

No hay criatura que no se crea capaz de gobernar el mundo, y las más tienen desgobernada su casa.

ROGELIA LEON.

Por todo lo no firmado,
La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1865.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretill de los Consejos, 3, principal.